



DIABLO
El Camino de
la Oscuridad
y la Luz

UN CUENTO DE
JONATHAN MABERRY

Historia

JONATHAN MABERRY

Editorial

ERIC GERON

Asesoramiento sobre la historia

IAN LANDA-BEAVERS

Asesoramiento creativo

LEWIS HARRIS, VIVIANE
KOSTY, JØE SHELÝ, DANIEL
TANGUAY

Producido por

BRIANNE MESSINA

Diseñado por

COREY PETERSCHMIDT

Ilustraciones

YEUNJAE JANG



© 2023 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países.

El Tañido de la Oscuridad y la Luz



Hay historias sobre él. Sobre Klath-Ulna, a quien llaman el Dorado, aunque en todos los relatos aparece bañado en carmesí, en la sangre de quienes osan enfrentarse a él.

Yo, Tejal, lo he visto en mis sueños. Un día llegó a la Espesura de Sharval, a un pequeño poblado: Llamado del Santo.

Si no has oído hablar de ese lugar, escucha bien: yo te diré el motivo. Enciende un fuego luminoso, cierra la puerta, acércate y escucha, pues, mientras recuerdo la historia, oigo el tañido de una campana sagrada en un campanario, el punto más alto del poblado. Esa campana fue transportada de Kurast a ese poblado, y la gente se alegró, ya que estaba bendecida por la Luz.

Eso es lo que se rumoreaba sobre ella. Pero los sabios entienden que los talismanes rara vez son escudos. Más bien, son símbolos de esperanza. Y en el abismo entre la fe y los hechos se sitúa nuestra historia. Te contaré la verdad —la oscura verdad— de lo que sucedió cuando Klath-Ulna acudió en respuesta a su llamado...



—¿Ese es tu mejor esfuerzo?

El joven estaba parado con las piernas abiertas, el peso desplazado a las puntas de los pies, y las rodillas flexionadas y ligeras. Tenía una espada corta de hoja ancha en una mano y un broquel pequeño amarrado a su otra mano. El sudor brillaba en su pecho y sus hombros desnudos y caía formando varias líneas sobre su rostro.

—Creía que los jabalíes guerrugosos eran feroces —lo provocó—. Ven y atrápame si puedes, y te enviaré al Infierno junto con...

—¿En serio? —dijo el anciano, que se apoyaba sobre el mango de la rueda de entrenamiento—. ¿Otra vez lo mismo, Jenks? Solo que esta vez... ¿jabalíes guerrugosos, dijiste? Por todos los santos, ¿qué son los jabalíes guerrugosos? ¿No habrás querido decir jabalíes *verrugosos*? Porque no hay ninguno de esos por aquí.

—Vamos, Bikleman. No estás entendiendo. —Jenks se enderezó—. ¡Jabalíes *guerrugosos*! ¿No escuchaste *ninguna* de las viejas canciones?

—Entonces, ¿qué son? ¿Jabalíes con hachas? ¿Cerdas con espadas?

—Eran demonios que venían de...

—No —lo interrumpió Bikleman con brusquedad—. No empecemos con eso. Estás muy grande para andar inventando cosas. Además, sin los demonios ya hay bastantes monstruos *reales* en el mundo por los que preocuparse.

—Pero...

—Nada de peros —gruñó Bikleman—. Fue hace mucho tiempo cuando los demonios andaban en libertad. ¡Terminarás invocándolos si sigues hablando de ellos! Deberías enfocarte en lo que *realmente* tendrás que enfrentar algún día.

—¿Y qué es eso? ¿Personas? Qué aburrido.

—¿Aburrido? Conque *aburrido*, ¿eh? —gritó el anciano, poniendo los ojos

en blanco y negando con la cabeza—. Le dices a todo el mundo que quieres ser un paladín, un soldado de la Luz, un campeón de la fe Zakarum. De niño eras demasiado débil para comenzar un entrenamiento y, ahora que ya eres mayor y estás en forma, creí que al menos *intentarías* tomarlo en serio. Es importante este entrenamiento, Jenks. Estás entrenando para luchar contra soldados y forajidos, ladrones y salteadores de caminos. Esas son las amenazas reales y, si llegan cabalgando al poblado, tendrás que estar preparado. ¿O acaso es mucho pedir?

Jenks, que tenía diecisiete años y nunca se había alejado del poblado más allá de Arroyo del Barquero, sintió que sus mejillas enrojecían.

—Lo estoy tomando en serio.

—Entonces, actúa en consecuencia. Esos demonios que inventas o sacas de los cuentos para dormir no son más que distracciones. Si hubieras dedicado tiempo a leer los pergaminos de historia, lo entenderías. Un paladín tiene que ser práctico. Realista. Lo que deberías leer está en los libros de educación religiosa, pero supongo que ni siquiera los has *mirado*.

—Sí..., los leí —dijo Jenks en tono defensivo.

Luego murmuró:

—En su mayoría.

—Ajá.

El anciano le dio un empujón abrupto a la rueda de entrenamiento, y los numerosos brazos de madera giraron con una velocidad impresionante.

Tomaron a Jenks desprevenido, quien tuvo que agacharse para esquivar el brazo grande superior, y luego saltar como una rana sobre el barredor de tobillos. Tocó el suelo y rodó, y se levantó cuando el golpeador de barrigas intentaba chocar con su estómago. Pero Jenks se apartó, doblándose hacia atrás como un bailarín. El brazo más pequeño con el tronizador se acercó más rápido que los demás; Jenks lo frenó con su broquel y apuñaló el corazón objetivo: una almohadilla de tela rellena de paja. La desafilada espada de madera impactó con firmeza, y Jenks esbozó una feroz sonrisa triunfal.

—¡Ja! —exclamó—. Y el demonio guerrugoso fue derrotado.

Bikleman pateó una de las varillas rectas que atravesaban la rueda, y el extremo acolchado golpeó a Jenks justo en la entrepierna. El muchacho profirió un chillido agudo y sibilante y cayó de rodillas; su espada cayó al suelo. Se cubrió la zona con las

manos y, poniéndose de un color morado impresionante, se desplomó de costado.

El anciano se acercó cojeando y se paró delante de él, sonriente.

— Parece que los jabalíes guerrugosos son bestias taimadas, ¿no, muchacho?

Jenks intentó gritarle. Trató de insultarlo mandándolo a los pozos más profundos de los Infiernos. Trató de decir que no le había dolido en absoluto. Trató de ponerse de pie para demostrarle que no estaba herido.

Pero no logró nada de todo eso.

Bikleman se dio vuelta y escupió en dirección del viento con una gran precisión y velocidad, y acertó justo en el centro del corazón objetivo.

— Buena sesión, Jenks —le dijo con frialdad—. Tal vez mañana puedas mostrarme cómo pelear contra un erizo no muerto o alguna ridiculez similar.

Jenks se dio vuelta y vomitó.

El anciano se quedó mirándolo por un momento.

— Eres un buen muchacho, Jenks. Pero tienes que ser un *hombre* mejor. Ahora me miras y ves a un vejestorio, pero alguna vez fui un paladín, como sabes bien. Mucho antes de que hubieras nacido, pero no hace tanto tiempo como para que ya no recuerde qué se siente —en los músculos y los huesos, en el corazón y la mente— cruzar espadas con un soldado enemigo. Y no hablo de un monstruo, sino de un guerrero entrenado en todas las artes del asesinato. Te aseguro que no hay nada más terrible que un guerrero con destreza, armadura, armas y valor que quiere manchar su espada con tu sangre. Yo lo recuerdo de cuando comenzaron las Cruzadas Rakkis. No pasa ni una noche sin que sueñe con el choque del acero y los gritos de los moribundos. Hundido hasta los tobillos en la sangre de mis hermanas y hermanos. De mis amigos.

Negó con la cabeza.

— Las personas se convierten en monstruos cuando las inunda el deseo de lucha. No necesitamos inventar más enemigos.

A pesar de sus palabras, su sonrisa era amable.

— Nos vemos en la cena.

El anciano se dio vuelta y volvió cojeando al poblado, silbando un himno de batalla que alguna vez cantó junto a sus compañeros perdidos mientras marchaban a la guerra.

ERA RÁPIDO, ÁGIL Y HÁBIL CON LA
ESPADA, LA LANZA Y EL ARCO.
SOLO QUE NO QUEDABA NADIE
CONTRA QUIEN LUCHAR.



Al cabo de un rato Jenks se levantó, pero luego se volvió a sentar, con la espalda apoyada en la columna central de la rueda de entrenamiento. Una vez que la magnitud del dolor disminuyó, enfocó su mente en él, permitiéndole ser lo que era. Dolor. Agonía. Se obligó a aceptarlo como parte del precio de convertirse en guerrero.

Bikleman cojeaba porque le habían atravesado la cadera con una lanza. El viejo Redharn, el herrero, tenía media docena de cicatrices de espadas y flechas. Y había muchos otros casos similares. La mitad de los hombres y mujeres, muchos de los cuales marcharon a la guerra con un propósito divino. Al igual que Redharn, llevaban las cicatrices que se ganaron en una batalla u otra, y en las noches de invierno entretenían a sus amigos con historias de valentía y combate.

Y en cuanto a los luchadores jóvenes del poblado...

Bueno, había toda una generación que jamás regresó de las Cruzadas. Jenks evocó historias en su mente sobre cómo murieron con valentía, luchando contra el dolor y tratando de continuar, incluso mientras la fuerza vital los abandonaba. Todos eran héroes, sin duda.

Pero era pura especulación. Había una brecha enorme en la edad de los pobladores, una generación entera que se había unido a la lucha en las Cruzadas. Desde aquellos que solo eran unos años más jóvenes que Bikleman hasta los que tenían apenas un año más que Jenks. No quedó nadie. Ninguno de ellos regresó. Ni siquiera los más jóvenes, el resto de los niños y niñas que habían dejado la escuela y el poblado para marchar como escuderos o piqueros principiantes o arqueros aprendices.

Nadie.

Todos estaban muertos.

Por desgracia, sus historias eran desconocidas y jamás se narraron. Había

canciones sobre ellos, algunas de las cuales se cantaban incluso en la iglesia, pero Jenks sabía que eran falsas. Tan falsas como sus trasgos y jabalíes guerrugosos imaginarios. La congregación cantaba baladas escritas por la familia o los amigos de los difuntos. Canciones de coraje y valor para alegrar el corazón y hacer que las pérdidas se vuelvan más llevaderas.

Jenks sabía que podría haber sido uno de ellos, pero en su niñez había estado enfermo y débil. Para cuando logró salir victorioso en su propia guerra contra la fragilidad y las enfermedades, las batallas habían concluido.

Ahora, con diecisiete años, Jenks ansiaba el combate. Ya no se enfermaba, y las horas interminables de entrenamiento, semana tras semana y mes tras mes, lo habían fortalecido. Era rápido, ágil y hábil con la espada, la lanza y el arco.

Solo que no quedaba nadie contra quien luchar.

Sentado allí, lloraba por la oportunidad de convertirse en un guerrero de verdad, de interponerse entre algún ataque brutal y sus seres queridos. Era su máximo anhelo, pero, a pesar de que entrenaba día y noche, sabía que era en vano.

—La guerra se terminó—le dijo a nadie—. Quizás comience otra...

En ese momento empezaron los gritos.



Estaba ahí de pie, en el límite del poblado. Jenks se agazapó detrás de la esquina de un granero y lo miró fijo.

A él.

Era un hombre, aunque no se parecía a ninguno que Jenks conociera. Era más alto incluso que Gorf el Grandote y más musculoso que Redharn, el herrero. Era como ver que resucitó algo salido de las antiguas leyendas. El extraño tenía hombros inmensos, un pecho profundo, guanteletes gigantes y unos ojos oscuros que parecían exudar una frialdad invernal. Tenía el aspecto de una estatua proveniente de un museo de la muerte. Tenía una armadura completa hecha con una mezcla de metales conocidos y extraños a la vez. Gran parte de ella estaba pintada con oro de verdad, aunque ese metal brillante tenía rayones y abolladuras producto de miles de batallas. Sus hombreras eran más anchas que sus ya imponentes hombros, y en



cada una se elevaba un bosque de púas. Había púas similares en sus codos y a lo largo de su broquel y sus grebas, e incluso en sus pesadas botas. En el patrón de esa armadura, tenía grabados símbolos de la muerte: calaveras y huesos. ¿Y era un símbolo Zakarum lo que tenía en el revestimiento del peto? En las pocas partes de su piel que estaban visibles, es decir, su cuello grueso y su cabeza calva, Jenks vio tatuajes burdos, desagradables y amenazadores.

Y sus armas.

Cuchillos con empuñadura lisa; armas que no estaban ahí solo para impresionar o cortejar. Y colgado sobre uno de sus hombros musculosos se veía el mango de una maza que parecía demasiado grande y pesada como para que alguien la utilice en un combate real. El cuerpo de esa cosa tenía la forma de una campana de iglesia, excepto que donde debía estar la boca de la campana había un cúmulo de púas afiladas como dagas, con dos púas curvadas que parecían garras y salían hacia afuera desde las asas y la bola de hierro en el extremo del largo mango. El hecho de que este hombre llevara un arma de ese tamaño era aterrador. Era una promesa de cosas horribles.

El extraño, este guerrero, miró a lo largo de la calle principal del poblado. Su mirada se detuvo un instante en los rostros de la gente escondida detrás de los carruajes o las cortinas y puertas entreabiertas. Algunos susurraban que era un bárbaro de los páramos; otros insistían en que era un druida que venía a practicar magia oscura. En ambos casos, dibujaban signos de protección en el aire y murmuraban oraciones sagradas.

Luego, su mirada siniestra se dirigió al alto campanario de la única iglesia que había en Llamado del Santo. Una campana de iglesia Zakarum más antigua que el poblado, forjada y bendecida en el este, y trasladada al oeste durante las Cruzadas. Cuenta la historia que habían dejado campanas como esta en muchos campamentos con la esperanza de que se levantaran poblados de fieles en torno a ella. Como sucedió con Llamado del Santo. La campana de la torre era el antiguo tesoro de ese pobre poblado, pero gracias a su presencia todos desbordaban de fe. La sombra de la torre, con el sol de la tarde detrás, caía a lo largo del centro de la calle de modo que llegaba a unos pocos centímetros de las botas recubiertas de acero del forastero.

Se arrodilló lentamente, tocó la sombra con los dedos y cerró los ojos por un momento largo. Jenks lo vio respirar hondo y exhalar, y luego asentir con la cabeza en silencio. Entonces el guerrero se irguió completamente y miró a su alrededor.

—Habitantes de Llamado del Santo —dijo con una voz que sonaba profunda como un trueno—. Soy Klath-Ulna, de la Tribu del Oso; mi gente son los Hijos de Bul-Kathos, y a mí me llaman el Dorado.

Sus palabras resonaron de un lado al otro, de un edificio al siguiente, y repiquetearon en las ventanas y ahuyentaron a los pájaros de los árboles.

—Busco algo de suma importancia —continuó—. Una campana de hierro que hay en aquella torre. Traíganmela y me marcharé, y nadie sufrirá ningún daño. Si se niegan a cumplir mi pedido o se interponen, acabaré con todas las personas que viven aquí. Con todos los hombres y mujeres, hasta el último bebé. Lo juro.

Después de decir eso extendió la mano, tomó el mango de su maza de combate y la balanceó hacia arriba y abajo de modo tal que la cabeza con púas se clavó profundamente en la sombra del campanario. El impacto pareció sacudir la tierra misma. Desde ese lugar emergieron fisuras serradas, que quebraron la capa dura del suelo. Jenks oyó los jadeos y gritos sofocados de la multitud vigilante.

Los jadeos se detuvieron, y todo quedó en silencio. Nadie se movió. Ni una persona se ofreció a ir a buscar la campana para dársela a este bárbaro. Eso animó a Jenks porque le hizo pensar que tal vez todo el poblado se uniría para vencer a ese hombre.

El silencio se prolongó mientras el bárbaro miraba cada rostro. Gruñó con una mezcla de enojo y repulsión.

—¿ERES LO MEJOR QUE TIENE
PARA OFRECER ESTE POBLADO?
—INQUIRIÓ KLATH-ULNA.

—Entonces, yo mismo la tomaré —dijo, y dio un solo paso amenazador hacia la sombra del campanario. Echó un vistazo a su alrededor—. ¿No hay ningún campeón que se atreva a desafiarme? ¿No hay un solo luchador en este poblado que al menos pueda demostrar que queda algo de honor aquí?

Permaneció allí, sosteniendo levemente la maza con una mano.

El silencio fue su única respuesta.

Primero Jenks vio que el hombre torció la boca hacia abajo con decepción, pero luego la curvó lentamente hacia arriba con un placer siniestro.

—No esperaba otra cosa —dijo, y levantó su maza de combate—. Me entristece que ya no quede honor en esta tierra. Ni campeones. Qué pena. ¿Qué historias contarán cuando me marche? ¿Qué mentiras les devolverán el orgullo? ¿Qué relatos absurdos les contarán a los viajeros?

No salió nadie de su casa o su tienda; nadie intentó desafiarlo. Tampoco se había ofrecido nadie a ir a buscar la campana aún. El momento se prolongó indefinidamente.

Klath-Ulna escupió en la tierra.

Jenks emitió un grito agudo como el de un cuervo alterado, trastabilló hacia atrás, giró y salió corriendo.



Klath-Ulna no miró de lado a lado, aunque podía sentir los ojos clavados en él. Imaginaba los susurros, las maldiciones, las oraciones. Seguramente allí eran iguales a los de otros poblados.

¿Cuántos fueron? No lo recordaba. Algunos se conservaron intactos, pero otros quedaron en ruinas, con el suelo empapado de sangre, cadáveres sin sepultar y a merced de los carroñeros. Los nombres de esos poblados habían desaparecido hace

mucho. Nunca sabía los nombres de los muertos. No le importaban para nada. En lo más mínimo.

Este poblado no sería la excepción.

La iglesia se cernía sobre él, y podía *sentir* el llamado de la campana. Quería que la encontrase. Lo necesitaba.

Y entonces una figura emergió de las densas sombras junto a las grandes puertas de roble, y una astilla de luz solar encendió un fuego en el acero brillante que llevaba en su mano.

Klath-Ulna aminó el paso y se detuvo al pie de las escaleras de la iglesia.

Esperaba que no reaccionara nadie, o que lo hicieran todos. A veces era así. Un poblado carente de un gran campeón se armaba con espadas, horquetas y guadañas oxidadas. Pero en este caso fue distinto. Había un muchacho en la parte superior de las escaleras. Debía tener dieciséis o diecisiete años. No era adulto. Llevaba un casco antiguo y abollado, una camisa con una cota de malla oxidada, grebas de pares distintos y un broquel muy pequeño.

Y una espada.

A Klath-Ulna le causó gracia. La espada parecía buena. Una espada real de combate. A diferencia del resto de su equipo, era evidente que la espada estaba bien cuidada, afilada y engrasada, pero la hoja no exhibía marcas de uso; no tenía abolladuras ni hendiduras. Era una espada nueva, entonces. Inmaculada y sin estrenar, y en manos de un chico.

—¿Eres lo mejor que tiene para ofrecer este poblado? —inquirió Klath-Ulna.



Mientras Jenks se apresuraba a colocarse la armadura, había ensayado lo que diría. Ahora hablaba con una voz fuerte y clara, pero las palabras se ahogaban en su garganta y se convertían en murmullos sin sentido. Tragó con fuerza y volvió a intentarlo.

—Me llamo Jenks Grindelson —dijo—. Soy el protector de Llamado del Santo, y tú no tienes permitido ingresar a la iglesia. No te llevarás nuestra campana sagrada. Márchate ahora y no sufrirás ningún daño.

Klath-Ulna se quedó mirándolo tres segundos, y luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Pareció que hizo temblar al mundo entero.

Un sudor frío y grasoso por el miedo apareció en la frente de Jenks. Sentía cómo le bajaba por la espalda formando líneas heladas bajo su camisa. Tenía las manos tan resbalosas por el sudor que no paraba de reacomodarse la empuñadura en la mano. Rogó que el terror que sentía en su corazón no se evidenciara en su rostro.

—Muchacho —dijo Klath-Ulna, señalando los tatuajes que tenía en el cuello—, ¿sabes qué son estos tatuajes?

Jenks no creía poder responder.

—Representan la historia de mi búsqueda de otros tesoros, como esta campana. Cada uno cuenta la historia de un poblado como este. Poblados Zakarum repletos de fieles. Repletos de personas que creían que su fe los salvaría.

Dio un paso corto hacia adelante.

—Esos poblados quedaron reducidos a cenizas. Esos creyentes que buscaron una protección contra la oscuridad no son más que huesos carbonizados entre las ruinas. La Luz no pudo protegerlos.

El escalón de piedra sobre el que estaba parado parecía inclinarse bajo los pies de Jenks.

—Algunos de esos poblados eran cinco veces más grandes que Llamado del Santo. Otros contaban con una docena de guerreros o un poco más, luchadores experimentados de las Cruzadas. Dejé que se pusieran su armadura y recibieran las bendiciones de los sacerdotes. Me enfrentaron con sus lanzas bendecidas y sus espadas grabadas con oraciones y bendiciones. Y debo decirte, muchacho, que no les sirvieron de nada, puesto que soy Klath-Ulna el Dorado. Los maté a todos, y eran guerreros de verdad.

Se acercó y puso un pie sobre el primer escalón.

—¿Y qué eres tú? Un mocoso con una armadura inservible, una espada que nunca derramó sangre y una cantidad de años insuficiente para aprender a limpiarse el trasero, y mucho menos hacer frente a una batalla.

Negó con la cabeza.

—No hay nadie más en este poblado que tenga agallas o el valor para mostrar su rostro, y ni hablar de enfrentarse a mí. Pero..., muchacho..., tú no tienes ninguna posibilidad. Recorrí miles de campos de batallas. Vadeé ríos de sangre. A pesar de

Y A CØNTINUACIØN, LEVANTØ LA MAZA DE CØMBATE
Y LA AGITØ HACIA LA CABEZA DE JENKS.
EL ARMA DEBÍA PESAR CØMØ CUARENTA KILØS, PERØ
KLATH-ULNA LA BLANDÍA CØMØ SI FUERA UNA VARITA
DE SAUCE.

que tengo estos tatuajes que me lo recuerdan, apenas puedo contar los *poblados* que destruí o la cantidad de personas que asesiné. Aun así... admiro tu espíritu. En serio. Así que esto es lo que haré para honrar el coraje que lucha por nacer en ti, muchacho.

En lugar de explicarlo, el bárbaro colocó su maza contra la pared. Luego, con los ojos fijos en Jenks, desabrochó las correas de su pesado peto. La armadura cayó, pero él lanzó una mano con la velocidad de un reptil y la atrapó, y luego la apoyó en el suelo. Se desabrochó los avambrazos con púas de sus antebrazos y las grebas de las canillas. Se quitó la camiseta de algodón y quedó ahí parado solo con sus pantalones de cuero, sus zapatos y esos feroces y dispersos tatuajes.

—Así el combate será más justo —dijo—. Ahora tienes más posibilidades, muchacho. Aunque... aún te daré una última oportunidad para que me dejes llevarme la campana y que conserves tu vida.

Levantó su maza, que de algún modo se veía aún más amenazadora sin la armadura.

—Hazte a un lado.

—No... puedo —dijo Jenks con voz débil—. La campana une nuestra Luz. Su tañido aleja la oscuridad. Es el corazón del poblado.

En su mente, Jenks vio los rostros de sus padres, sus tíos y tías, sus primos..., de cada familiar que había marchado a la guerra. Era como si en ese momento estuvieran con él, invocados por su necesidad y la amenaza de este bárbaro. Jenks sintió la mano de su padre sobre su hombro, y el beso de su madre sobre su mejilla. Y, si esa mano y esos labios eran fríos, no lo eran más que el hielo en las venas de Jenks.

«Ayúdame —suplicó en sus pensamientos—. Akarat, *guía la mano en la que tengo la espada. Concédeme velocidad y sabiduría*».

El bárbaro ocupó el espacio delante de él, tan real y letal como todo el odio y el horror que hay en el mundo.

Jenks negó con la cabeza.

—No puedo permitir que nos quites esto. No puedo.

—Tendrás que hacerlo —dijo Klath-Ulna—. No hay nada que puedas hacer para impedirlo. No, te lo diré de este modo: no hay nada relevante que puedas hacer. Nadie recordará nada de lo que suceda aquí. No habrá baladas ni poemas. Nada. Solo polvo volando en los vientos indiferentes del tiempo.

Jenks quería llorar. Quería gritar. Quería salir corriendo y esconderse.

En cambio, con toda la fuerza que pudo reunir, levantó la espada que nunca vio una batalla, la hoja que jamás probó la sangre.

—No te lo permitiré —dijo—. Si intentas llevarte la campana, yo, Jenks Grindelson, de Llamado del Santo, acabaré contigo. Lo juro.



Klath-Ulna suspiró.

En verdad no quería matar al muchacho. No era por piedad, ya que tenía poco de eso, sino porque era un combate sin sentido. Este muchacho era insignificante para él. No tenía nada de glorioso masacrar a un joven sin barba en un poblado lleno de cobardes.

Levantó su maza de combate y dejó que Jenks la mirara. Esa arma pesada estaba cubierta de runas, cada una de las cuales estaba estampada con oro de otra campana que se había llevado de una torre de otro poblado Zakarum.

—Te ofrecí vivir, muchacho —dijo—. Pero anhelas la muerte, así que te concederé el deseo.

Sin embargo, fue Jenks quien atacó primero.



Jenks sabía que tenía una sola oportunidad, que era sorprenderlo. Movi6 su espada formando un círculo sobre su cabeza y, cuando saltó hasta el primer escalón, la hizo descender usando todo su peso, el peso de la espada y todo su miedo para

potenciar el ataque.

Klath-Ulna se movió con una velocidad impresionante y alejó su pecho desnudo de la hoja cortante. Aun así, la punta de la espada de Jenks derramó una línea roja caliente desde la clavícula hasta las costillas. Brotó una sangre de color rojo oscuro en las sombras de la iglesia.

Jenks no se quedó parado mirando, sino que se abalanzó hacia adelante y lanzó espadazos una y otra vez con la esperanza de acabar con todo rápido, a sabiendas de que no podía arriesgarse a dejar que el bárbaro recuperara el equilibrio.

Klath-Ulna esquivó el segundo golpe y usó la parte inferior de su puño para desviar el tercer golpe.

—Eres rápido, muchacho. —Se rio, claramente impresionado—. Y tienes valor. Ya puedes morir tranquilo sabiendo que derramaste sangre que muchos guerreros superiores jamás lograron derramar.

Y a continuación, levantó la maza de combate y la agitó hacia la cabeza de Jenks.

El arma debía pesar como cuarenta kilos, pero Klath-Ulna la blandía como si fuera una varita de sauce. Jenks gritó y se agachó cuando la enorme maza de combate desgarró el aire a unos centímetros de su cabeza. El arma impactó en la puerta de entrada de la iglesia y la dejó hecha astillas. Las astillas volaron como flechas. Jenks sintió una docena de pinchazos dolorosos, y luego el chorro de sangre caliente.

Klath-Ulna lo fustigó con la maza de nuevo, pero esta vez a la altura de la cintura. Jenks se agachó como una rana, y luego saltó e impulsó la punta de la espada hacia adelante.

Nunca vio el puñetazo que lo golpeó en el pecho. Solo supo que estaba volando hacia atrás a través de las puertas arruinadas. Aterrizó en el suelo del interior y se deslizó diez metros. De algún modo, la espada seguía en su mano, pero sentía como si tuviese todo el pecho aplastado. Usó las manos y las rodillas para incorporarse, tosiendo, sorprendido de seguir con vida.

Detrás de él, los restos de la puerta estallaron cuando la maza de batalla atacó una vez más. Y luego, Klath-Ulna entró y caminó sigilosamente hacia él mientras levantaba el arma.

Jenks se lanzó hacia adelante, se encogió y rodó mientras la maza de combate se estrellaba contra el suelo. Una vez más, el impacto levantó a Jenks y lo arrojó a

un costado. Se golpeó contra una fila de bancos y los derribó uno tras otro como si fueran fichas de un juego.

—Akarat, sálvame —gritó Jenks mientras luchaba por levantarse. Vio a Klath-Ulna dar zancadas hacia el pasillo, por lo que se dio vuelta y huyó.

La puerta de la torre era gruesa, de roble macizo con bandas de hierro. Jenks la cerró con fuerza detrás de él y corrió el pasador. Había un atril con un himnario adentro, y lo empujó contra la puerta.

Luego subió corriendo la escalera de caracol, deteniéndose en cada rellano para empujar muebles por las escaleras. Había medio tonel de aceite para lámparas, que vertió en los escalones para que estén resbalosos.

Abajo la puerta tembló con cada golpe. Una vez. Dos veces. Y entonces se quebró hacia adentro; la madera quedó destruida, y las bandas de hierro, todas dobladas. Los remaches estallaron y rebotaron en las paredes con sonidos metálicos.

Klath-Ulna se abrió paso para entrar y miró hacia arriba. Por un momento, Jenks y él se quedaron mirándose. El asesino aún esgrimía su sonrisa, pero algo había cambiado. ¿Acaso estaba impresionado por ese nivel de resistencia? A Jenks le pareció que sí, pero que igual no le sería de mucho consuelo cuando estuviera muerto.

El bárbaro subió las escaleras, destrozando las frágiles defensas sin prisa. Jenks siguió subiendo y subiendo, hasta que ya no pudo correr más. Ahí estaba la campana. Hierro. Puro. Sagrado.

Jenks puso una mano sobre ella, y la mente se le llenó de plegarias desesperadas.

«Que la Luz me otorgue fuerza. Akarat, no me abandones ahora. Te necesito. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, pero no puedo solo. ¡Ayúdame!»

Afuera, las nubes se disipaban, y un rayo de luz solar pura y clara atravesó el campanario de soslayo. Pintó su rostro y su cuerpo de dorado y llenó su corazón de un coraje renovado. Se acomodó la empuñadura de la espada y la levantó para que la luz del sol —esa preciosa Luz— tocara el acero y le concediera su don de gracia. Jenks sintió un nuevo poder en sus brazos.

Miró la campana y, entre lágrimas, gritó:

—Juro que no permitiré que te lleven. Lo juro por mi vida.

Luego escuchó una pisada detrás de él.

Se dio vuelta, y Klath-Ulna subió a la plataforma del campanario.



EN CADA SOMBRA, VEÍA LOS
OJOS DE ESE MUCHACHO,
SENTÍA EL PESO DE SU
CREENCIA, DE SU PROPÓSITO.

—¿Por qué estás dispuesto a morir para defender esta campana?

—No se trata solo de la campana —protestó Jenks—. Esta es mi iglesia, mi fe. Tengo la Luz de mi lado.

Klath-Ulna bajó su arma y negó con la cabeza.

—No tienes ni idea de cómo funciona el mundo, ¿verdad, muchacho? Crees que sí, pero la fe no equivale a la comprensión. Eso es lo que está mal en el mundo. Personas inocentes como tú, dispuestas a sufrir una muerte sin sentido. Crees que, porque estás bajo la Luz, te sirve de armadura. Crees que naciste para proteger esta campana, que estás *destinado* a hacerlo. Estás ciego a la verdad, Jenks de Llamado del Santo. No puedes ver más allá de lo que te enseñaron, y ese es el punto débil de tu armadura. Lo sé porque he peleado contra muchos —*muchos*— que creían lo mismo que tú. La Luz no los salvó, ni tampoco te salvará a ti ahora.

—¡Mientes! Yo sé la verdad. Tú eres un agente del mal, y yo defiendo a Akarat. Esta iglesia, esta campana... Todo esto es sagrado, y tus mentiras no pueden cambiar eso.

—Me gusta tu espíritu, muchacho —dijo Klath-Ulna—. De verdad. He luchado contra campeones y reyes con menos valor que tú. Me recuerdas a alguien, un amigo, un hermano, con quien fui por primera vez a la guerra. Era como tú: tenía el coraje de diez hombres. Pero por desgracia..., el coraje no alcanza. La pureza del alma no alcanza. Nada de todo eso salvó a mi amigo. Lloré su muerte y maté a su verdugo. Y conocí en carne propia la crueldad de este mundo y sus falsas creencias.

Hizo una pausa.

—No quiero matarte. *Debería*, pero te volveré a hacer la misma oferta. Entrégame la campana, y les perdonaré la vida a ti y a este poblado. Tu *valor* podría salvar a tus amigos y tu familia, muchacho, pero debo tener esa campana. Ahora... hazte a un lado.

Jenks estaba llorando, pero ya no le importaba. Levantó su espada una vez más.

—Juré por mi vida que protegería a Llamado del Santo. Esta campana es el poblado. Si te la llevas, ¿qué importará mi vida? Siempre seré quien le falló al poblado y a mi iglesia.

Negó con la cabeza con lentitud y obstinación.

—Tendrás que matarme para llevártela, y no te lo haré tan fácil.

Klath-Ulna lo miró fijamente.

—Incluso *suenas* como mi amigo.

Había una tristeza tan profunda en sus ojos que por primera vez Jenks pensó que el asesino se rendiría, daría media vuelta y se marcharía.

Sin embargo, en su corazón se había sembrado la duda, y pudo sentir cómo echaba raíces en la tierra de su alma.

—No —dijo Jenks—. La Luz es pura. Es verdadera.

Sintió la calidez de la Luz contra su mejilla; hizo que todo pareciera más claro. Elevó la espada sobre su cabeza y gritó una plegaria.

No apareció nadie para salvarlo.

Con un profundo suspiro, Klath-Ulna también levantó su arma.



Klath-Ulna bajó y salió a la calle. Por primera vez en más años de los que podía contar, sentía la maza de combate muy pesada. O quizás era su corazón, agobiado por los recuerdos de su amigo perdido. Y por lo que acababa de hacer.

Las púas de su maza resplandecían con un color carmesí brillante. El campanario estaba pintado con salpicaduras de sangre. El muchacho nunca se rindió hasta su muerte. Luchó en todo momento hasta el final, incluso después del instante en que supo que estaba muriendo. Con el pecho destrozado y un brazo roto, con los pómulos rozándose, con un ojo ciego y el otro velado con un manto rojo, Jenks siguió luchando. Con la boca llena de dientes rotos, gritó oraciones a la Luz y maldiciones a Klath-Ulna. Destrozado, mutilado y moribundo, intentó mantenerse firme entre el bárbaro y la campana.

Cuando murió, aún sostenía la espada. Incluso en ese momento, mientras caía con la espada rota, el muchacho trató de apuñalar a Klath-Ulna.

El último paladín de Llamado del Santo había muerto. Klath-Ulna se paró frente a él, viendo cómo el pecho roto subía y bajaba, subía y bajaba... hasta que ya no volvió a subir. Su frustración por ese combate sin sentido casi hizo que pateara la espada que tenía el muchacho en la mano.

Casi.

En cambio, el bárbaro permaneció inmóvil un largo rato en una especie de vigilia. Jamás había hecho algo así desde la muerte de su amigo hacía mucho tiempo. Vio la sombra de su antiguo compañero en la máscara de muerte de Jenks Grindelson.

—Maldito seas, muchacho —soltó.

Luego se marchó, llevándose la campana.

Cuando salió a la calle y se volvió a colocar la armadura, había una docena de pobladores en la plaza, y cada uno de ellos aferraba alguna clase de arma. Vieron la campana, pero no vieron a Jenks, y Klath-Ulna observó cómo se le desfiguraba el rostro. Furia y dolor, miedo y derrota.

Caminó hacia ellos. Cuando comenzaban a rodearlo, él simplemente dijo:

—No.

Solo eso.

Se alejaron llorando, y él abandonó Llamado del Santo.

En las montañas que había a medio día de caminata, se detuvo donde su caballo estaba amarrado. Retiró un caldero que estaba colgado de la silla de montar, encendió un fuego y, cuando cayó la noche, usó una lima para tallar cuencas oculares y la abertura de una boca en la armadura. Luego se la probó. Lo que había sido una campana para los pobladores le entraba perfecto como un casco. No podía ser de otra manera. Completaba la armadura que llevaba, y eso era algo bueno. Permaneció inmóvil un largo rato bajo la luz de la luna, con los ojos cerrados, los brazos abiertos y los puños apretados.

Retiró su armadura completa del caballo de carga y se la puso. Se ajustó el casco y se preparó para sentirse realizado, para sentir ese orgullo estruendoso que lo había impulsado durante tanto tiempo. Este era el último acto de un viaje que había consumido muchos años de su vida.

Pero sentía pesado el casco. Su orgullo se fundió con melancolía al pensar en aquel muchacho. Jenks.

A pesar de haber vivido tan engañado por su creencia en la Luz, ese chico era puro. Genuino. Valiente.

Klath-Ulna sintió esa pureza quemándole la piel como una llama. En cada sombra, veía los ojos de ese muchacho, sentía el peso de su creencia, de su propósito.

Dio la vuelta en dirección a su caballo y, en esos pocos pasos que dio, las piezas de la armadura hicieron un sonido metálico extraño. Era como si cada objeto por separado quisiera perseguirlo con un eco de cada campana que había recolectado para forjarlo. Hizo que se detuviera, e incluso le provocó un escalofrío en la carne.

Tomó las riendas de su caballo, pero, antes de montar, Klath-Ulna miró hacia el camino que dejó atrás. Hacia Llamado del Santo.

Había otros muchachos en ese poblado. Otros jóvenes que se fortalecían cada día, al igual que la pureza de su fe. Se preguntaba si los ecos de su armadura rechinante serían como campanas que los llamaban a la guerra. Al llevarse la campana, ¿le habría dado un nuevo propósito y una nueva fortaleza a la siguiente generación de paladines? ¿Saldrían a buscarlo, a él o a otros como él?

Sin duda.

Lo entristecía saber que no era un simple pensamiento. Era una profecía.

Cerró los ojos un momento largo, y luego se montó a su caballo, giró la cabeza y cabalgó hacia el este.



No estuve ahí, pero he visto cosas así. Yo, Tejal, tengo la maldición de poseer tales conocimientos, tales visiones.

No hubo un claro vencedor en esa batalla. Si alguien dice lo contrario es porque no entiende cómo se desarrolla la historia ni cómo funciona el corazón humano.

Klath-Ulna no ganó esa pelea. Y el muchacho, Jenks, no la perdió.

Jenks se convirtió en una leyenda en su poblado. Por el modo en que se plantó, a pesar de que murió, muchos otros jóvenes de Llamado del Santo dejaron las cartas y los dados y tomaron sus espadas. Jenks les enseñó que hay mucho por lo que vale la pena luchar. O incluso morir.

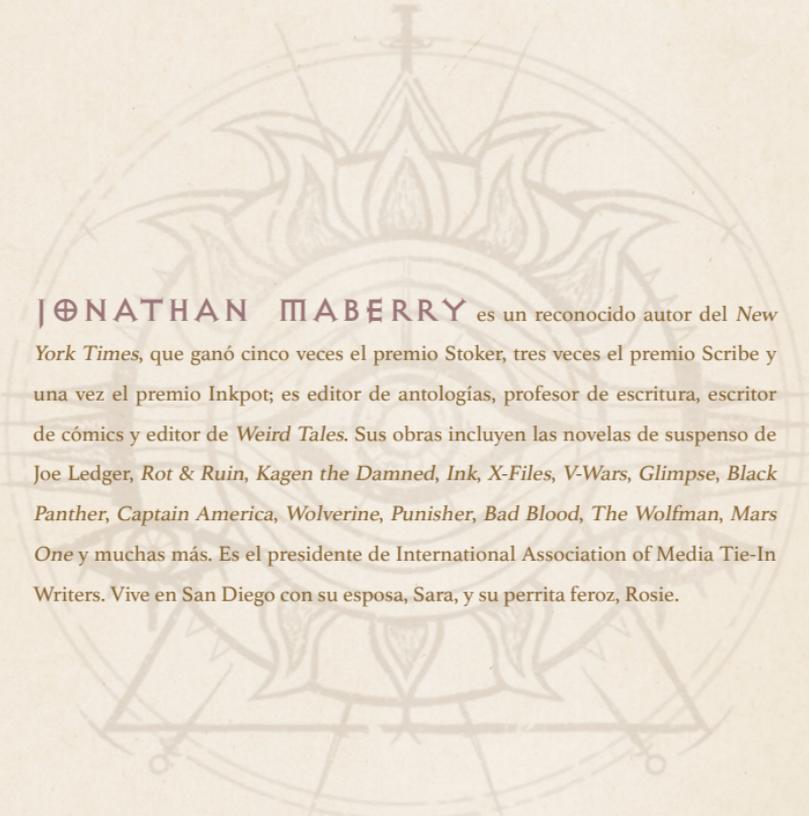
Esas espadas se alzan aún hoy, brillantes como espejos entre los fuegos de la

guerra, y la esperanza fortalece las manos que las empuñan.

En cuanto a Klath-Ulna..., su historia continúa indefinidamente. Ríos de oro —y de sangre— le esperan. Aun después de esa misión tan larga de construir una armadura con las campanas de las iglesias de una fe que le había dado la espalda. Con el casco que completaba esa armadura, creyó que una vez más se sentiría pleno. Que estaría en su hogar, de algún modo que ni siquiera podía articular.

Pero no existe un hogar para las personas como él. No puede existir. La guerra lo llama. La sangre le canta a su alma. La conquista exige su lealtad. Derramará mucha sangre, pero después de lo de Llamado del Santo... Quienes lo conocen susurran que jamás volvió a ser el mismo.





JONATHAN MABERRY es un reconocido autor del *New York Times*, que ganó cinco veces el premio Stoker, tres veces el premio Scribe y una vez el premio Inkpot; es editor de antologías, profesor de escritura, escritor de cómics y editor de *Weird Tales*. Sus obras incluyen las novelas de suspenso de Joe Ledger, *Rot & Ruin*, *Kagen the Damned*, *Ink*, *X-Files*, *V-Wars*, *Glimpse*, *Black Panther*, *Captain America*, *Wolverine*, *Punisher*, *Bad Blood*, *The Wolfman*, *Mars One* y muchas más. Es el presidente de International Association of Media Tie-In Writers. Vive en San Diego con su esposa, Sara, y su perrita feroz, Rosie.



TEJAL TIENE MUCHAS
HISTORIAS PARA
CONTAR. PRONTO
LLEGARÁN MÁS
CUENTOS DE LA
HEDAJI...